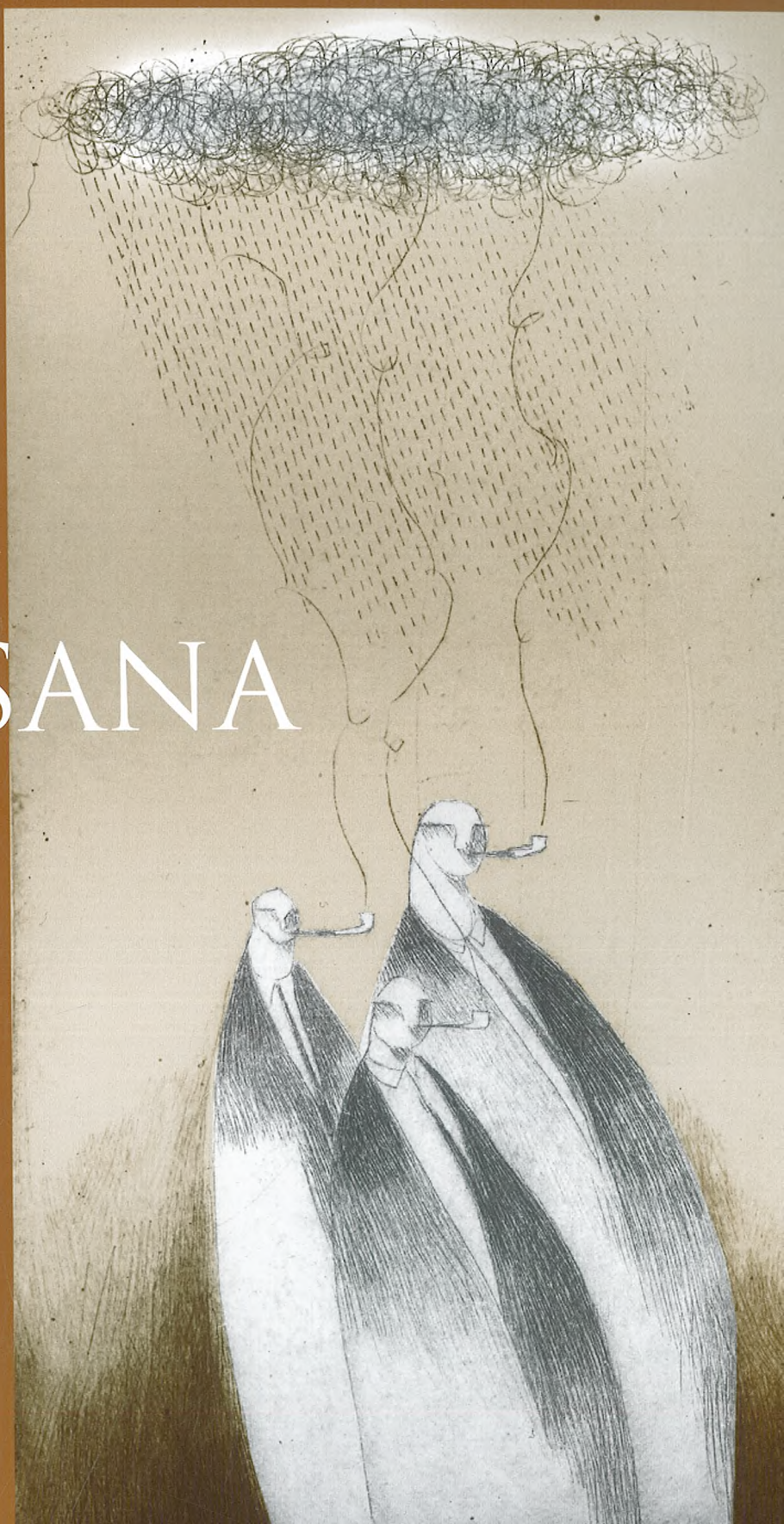
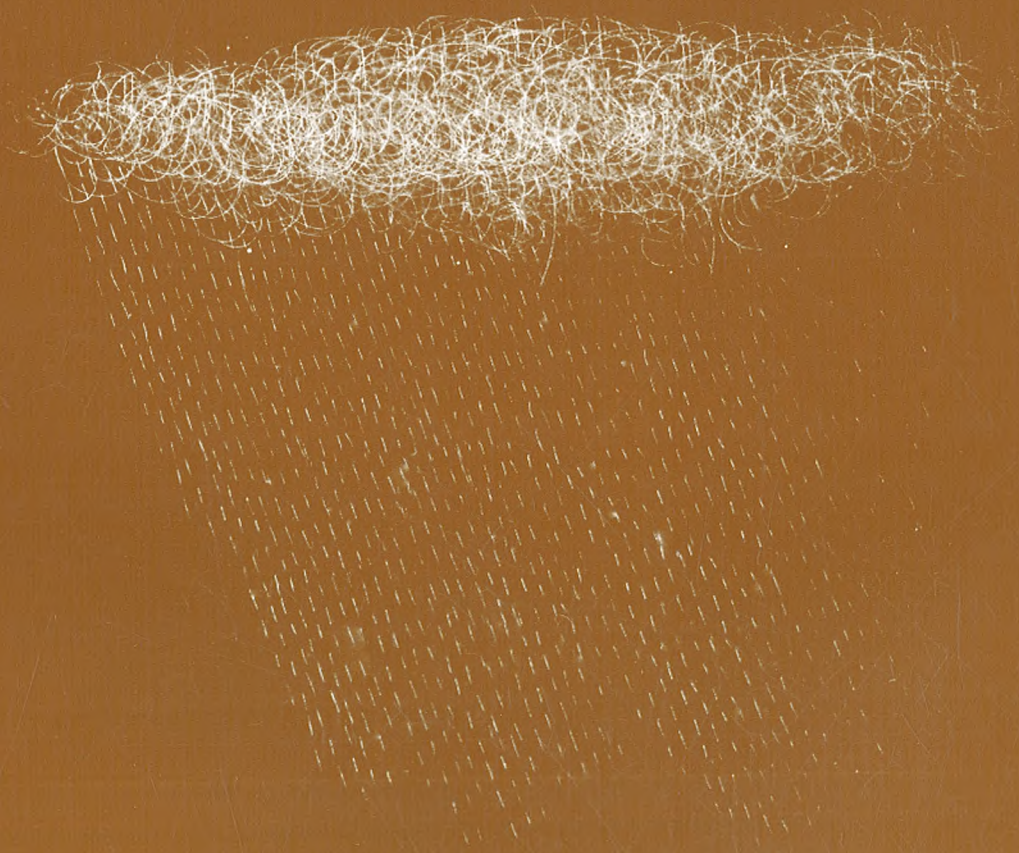
PEPA MERLO

historia de SUSANA





PEPA MERLO

historia de SUSANA

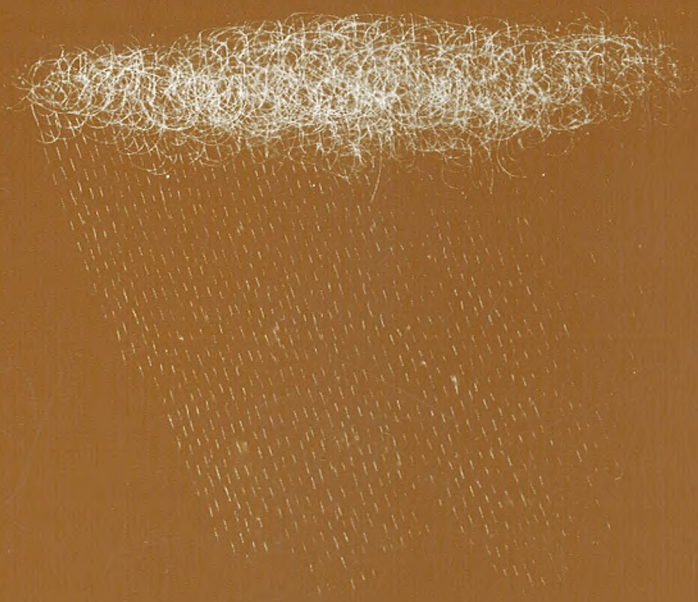
A Manuel Carrasco Méndez

El primero en salir es Manuel. Toda la vida ha tenido problemas para conciliar el sueño, así que le es fácil ponerse en pie cuando las primeras luces alumbran el cuarto. Abandonar la cama es una bendición después de pasar la noche dando vueltas de un lado a otro, bregando con furia contra esos picores que le comen la piel.

Durante muchos años creyó que la causa del insomnio era el cuerpo voluminoso de su mujer, sudando al lado, roncando la mayor parte de la noche o clavándole los rulos en el cogote, pero después de enviudar siguió con la misma tónica de siempre. Aunque más solo. Algunas veces ni siquiera se acostaba, ¿para qué?, pensaba. Y esa noche no le picaba nada. Había cambiado las sábanas justo antes de irse a dormir, había tomado un baño y se había puesto un pijama limpio, pero todo era inútil, en cuanto se tumbaba comenzaban los picores. A pesar de la edad, su piel era blanca y tersa. Ni una pequeña erupción en algún rincón oculto entre los omoplatos que justificara semejante desazón. En el fondo sabía que los picores vienen de muy dentro de la piel, que la irritación es el sueño mismo, la idea de dormir, de perder la conciencia, quizás el miedo a no despertar.

Camina lento. Parece como si antes de dar el paso, su mente tuviese que procesar la idea de adelantar un pie con respecto al otro. La distancia desde su casa es la más larga, sin embargo, llega el primero. El tiempo no importa. Él sabe de antemano si debía abrigarse más o menos. Nunca temió los truenos ni la nieve, tampoco el calor. Nada impide que cada mañana salga de casa y nada cambia el ritmo constante de su paso.

Apoya el bastón junto al muro de piedra y se sienta en el banco. Aguarda paciente a que termine de clarear, con el día aparecerán los otros. Desde ese rincón vio construir la carretera, desaparecer la acequia, instalar las farolas que ahora mira apagarse cada mañana. Nadie ha pasado por allí sin que él haya espiado sus coches a través de los cristales, nadie ha llegado al pueblo sin que él haya sido el primer y único testigo. Ha visto pasar la vida desde el mismo banco de madera



y forja al que una vez se encadenaron todos, como auténticos hippies, hasta conseguir que no lo sustituyeran por el trozo de hormigón que el nuevo consistorio quería hacer pasar por un banco. Conservaba la foto del periódico local donde se podía ver a los seis viejos, boina bien calada, con el ceño fruncido desafiando al objetivo, armados de sus cayados y con las muñecas ocultas bajo las anillas de hierro de las cadenas. Ahora eran cinco.

Los demás van incorporándose progresivamente. No hay saludos estridentes, apenas un qué cuya última vocal se alarga unos segundos, una interrogación que no llega ni a interpelar y a la que nadie se molesta en dar contestación, si acaso un chasquido con la lengua entre los dientes. Los silencios son largos, sobre todo los días en los que la agitación es mayor en el pueblo. Los jueves hay mercadillo. No hace falta hablar ni comentar, tan sólo las pupilas que giran de uno a otro lado, los cuellos, las cabezas..., según van llegando furgones que descargan y montan aquí o allá. Luego vendrán las mujeres a fisgonear entre quincallas, cacerolas, zapatos y ropa y ellos estarán allí, supervisando las ventas, el trasiego. A una hora bien temprana, se levantan y se van, ahora sí, juntos, caminando despacio, adaptándose todos al paso de Manuel, el más lento. Y todo lo que no han comentado durante el largo silencio de la mañana, lo discutirán con pasión por el camino. El resultado del último partido, la estupidez de los políticos locales, las últimas subidas, el paro, la economía. Hasta la tarde, en que se reencontrarán otra vez, un ratito después de la siesta y justo antes de la cena.

Nadie sabe de dónde surgió. El hecho es que una mañana estaba allí, dándoles la espalda. Y ellos, desde su banco, mudos, contemplando hasta el último centímetro de la presencia angelical, con las pupilas dilatadas, las escleróticas enrojecida, los párpados superiores elevados hasta casi desaparecer y el globo ocular

a punto de salirse de su órbita. Siete minutos fue el tiempo exacto que duró la alucinación. Después, desapareció tras la puerta neumática del autobús. Permanecieron como petrificados con una sensación de orfandad, con una congoja extraña en la boca del estómago, babeantes, nerviosos. Cuando sus labios pudieron articular una palabra, todos preguntaban a todos por la identidad de esa belleza, de dónde había salido, cómo no la habían visto antes por el pueblo. Se levantaban, se sentaban, se atusaban la barba, inquietos como niños. Era extraño que nadie supiese nada acerca de aquella hembra, por lo que concluyeron que había aterrizado allí por algún motivo eventual y que lo más seguro era que no volviesen a verla nunca, pero a Manuel le resultaba extraño que alguien de semejante porte llegara hasta el pueblo, ni siquiera por equivocación.

Tuvo la misma sensación que la primera vez que había visto a Sofía Loren, el domingo aquel que viajaron hasta la ciudad y se metieron en un cine. El gran invento del cine. La paga de la semana desapareció en una tarde. Pero no importaron los correazos que le propinó su padre en el costado, porque a cada golpe él cerraba los ojos y se recreaba en las curvas de la Loren, su cadera, el busto. Y ahora, con un pie más del otro lado que de este, volvía a sentir como entonces cuando la juventud.

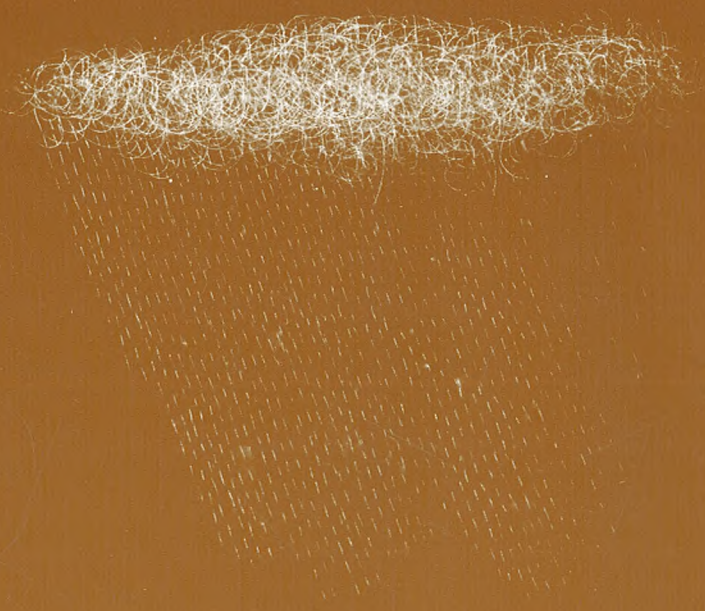
Quizás tu Antonia sepa quién es la joven.

¡Estás loco! ¿Quieres que me tenga en ayunas?

Si Antonia no sabía nada, había sido una aparición. Lo que no era del conocimiento de Antonia no existía. En la plaza todos se separaron, cada uno se encaminó hacia su casa. El día había terminado.

A cierta edad, tan sólo queda esperar a que se acabe la jornada para que llegue otra nueva que será igual a la del día anterior y que en poco variará de la siguiente. Nada. No hay más objetivo que dejar pasar las horas, enfurruñarse si la cena llega cinco minutos más tarde o la lluvia impide salir a sentarse en el banco con los demás, con los otros, con los que también esperan. Y una vez en el banco, aguardar pacientes que la mañana transcurra y llegue la hora de la comida y que la tarde desaparezca y llegue el momento de la sopa de la cena. Y la noche y su insomnio. Así que cualquier novedad, por pequeña que sea, se convierte en una bocanada de aire fresco, en motivo de conversación para al menos una semana, en distracción, en vida.

La niebla era tan intensa que apenas podía atisbar la punta oscura de sus zapatos. Debía ir a tientas y con el bastón adelantado para reconocer el suelo y evitar que algún objeto imprevisto en mitad de la acera o un socavón inesperado, le hiciera tropezar. Nadie en su sano juicio hubiese salido a la calle con esa niebla,



pero él sabía que aquella opacidad no auguraba otra cosa que un espléndido día de sol. Y uno a uno, cada cual con su horario de llegada habitual, fueron apareciendo alrededor del banco. Eran las voces las que anunciaban a la persona, pues la calígine difuminaba los rostros. Palpaban el hueco libre del banco y se sentaban. A esperar. Ahora a esperar que se disipara la nebulosa húmeda de la mañana. Y al final, la niebla se fue levantando.

Al principio distinguieron el contorno velado de un cuerpo, hasta que, muy despacio, fue perfilándose una silueta. Se quedaron mudos, expectantes, incrédulos ante la certeza de lo que estaban presenciando. Detrás de la niebla estaba ella, de espaldas, con un vestido azul de falda plisada y zapatos de tacón. No hubo tiempo de reaccionar pues, cuando quisieron sobreponerse a la visión, las puertas del autobús se abrieron para tragarse a la criatura seráfica, dejando una estela negra y un pistoletazo del tubo de escape.

La mañana terminó con una determinación unánime. No había más remedio que preguntar a la Antonia. Y se separaron en el mismo punto de siempre, nerviosos por el reencuentro de la tarde, por si hubiera alguna información sobre la chica. Todos habían acortado su tiempo de siesta y estaban mucho antes que de costumbre en el banco. Todos menos Manuel, que llegó a su hora y con la misma velocidad de paso. Esa tarde el "qué" de siempre sí era interrogativo.

Al día siguiente lloviznaba, pero a ninguno le importó. Permanecieron mudos, bajo los paraguas, con la mirada fija en la muchacha, que protegía la cabeza con un chubasquero trasparente y escudriñaba el horizonte siguiendo la ruta del número 6. La lluvia era tan fuerte aquella mañana que no pudieron quedarse mucho tiempo en el banco. Desde el cristal del café La Parada, los cuatro en línea, miraban aquel cuerpo que parecía aún más fino, encogido bajo la lona de un

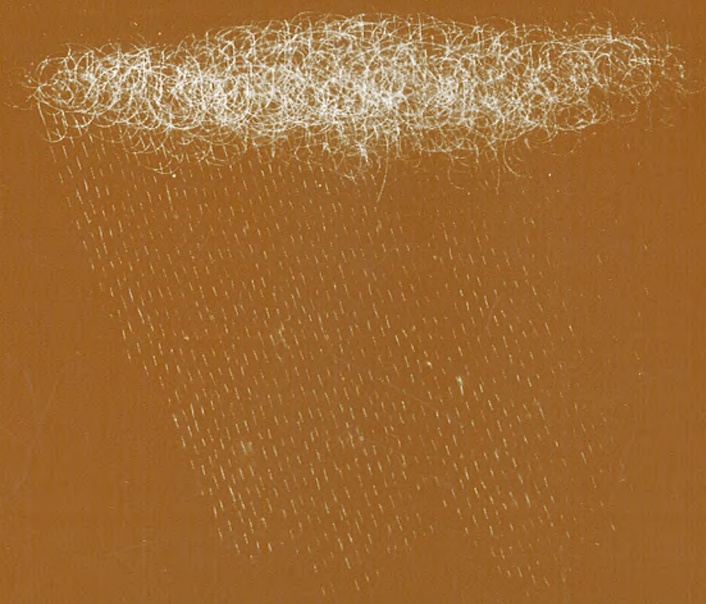
paraguas estampado. Al frenar, las ruedas salpicaron las piernas de la muchacha y ellos, desde la distancia, vieron moverse sus labios rojos, pero no alcanzaron a escuchar el timbre de la voz.

Cada semana, de lunes a viernes, estaban allí, esperando impacientes su aparición con la duda siempre en la boca, ¿vendrá hoy? Y llegaba justo cinco minutos, tres minutos, un minuto antes de la llegada del autobús, y desaparecía en él hasta la mañana siguiente.

Al cabo de los meses especulaban sobre ¿dónde iría cada mañana, al trabajo, en qué trabajaría? Hasta que surgió la gran duda: la chica se marchaba pero nunca la veían llegar. ¿Cuándo regresaría de la ciudad? Debía ser en alguno de los intervalos en los que no estaban en el banco. Decidieron hacer turnos para espiar la hora de llegada. El problema era que los casados no podían ausentarse de la mesa, pues se jugaban el tipo con las respectivas esposas, así que las miradas se posaron al unísono en Manuel. ¡Ah no! Las excusas están para algo, sentenció. Los demás acataron. Había que ingeniar el modo de ausentarse por turnos de los domicilios.

Se había cortado el pelo. ¿Por qué? Estaban muy descontentos, tristes por la pérdida, enfadados con quien fuese que hubiera cometido la terrible atrocidad de sesgar semejante cabello. Sin embargo, se la veía más lisonjera con su nuevo aspecto. Ese día, el primer turno lo haría Manuel, mientras los demás buscaban el modo de sustituirle. Y lo hizo. A él no le esperaba nadie a la hora de comer, tan sólo tenía que recalentar el caldo del día anterior, un yogur a lo sumo. Merecía la pena el ayuno por la aventura. Pero la hora de la comida pasó y pasaron también cuatro autobuses y en ninguno llegó ella. Luego se incorporaron los demás. ¿A qué hora regresaría de la ciudad? Si volvía en el último, apenas tendría tiempo de descansar mientras llegaba allí donde viviera y volvía a irse en el primero de la mañana. Esa era toda la preocupación que rompía el sosiego de Manuel y que aquella tarde le hizo regresar a casa con la cabeza gacha.

Pero los que quedaron de guardia le comunicaron a la mañana siguiente que no había vuelto en ninguno de los autobuses. Así que esperarían a sabiendas de que ella no llegaría en el último momento para desaparecer detrás del sonido de fuelles de la puerta delantera. Sin embargo, llegó. Un gorro negro de lana tapaba su cabeza y resaltaba la palidez del rostro, el rojo de los labios. Los tacones de aguja salpicaban pequeñas gotas de los charcos que se adherían al vaquero del pantalón. Se fue. Vigilaron durante todo el día, no perdieron de vista ninguno de los autobuses que habían ido llegando al pueblo, a ninguno de sus transeúntes. El resto del tiempo, lo pasaron recriminándose el uno al otro la falta de atención, el descuido, la vejez, pues ella debió llegar en uno de los vehículos, sin duda, mal vigilados.



La Antonia no sabe nada. Dice que muy decente no debe ser. No sabemos dónde vive, cuál es su casa. No sabemos nada. ¿No es extraño?

Las putas trabajan de noche, dile a tu Antonia que el horario de esta chica es el de funcionaria.

Pues eso...

La presencia reiterada convierte lo ajeno en propio, lo extraño en familiar. Y ella, a pesar del desconocimiento absoluto que no lograban solventar, ya era parte de sus vidas como ellos también lo eran de la suya aunque, en su caso, se pareciesen más a elementos urbanos decorativos. No hay pueblo que se precie sin sus viejos al sol o a la sombra o bajo la lluvia, si ésta es soportable. Un pedazo más del banco sobre el que miran pasar la vida y sienten agostarse sus cuerpos. Era imposible que después de tantas mañanas ella no hubiese reparado en su presencia, aunque jamás especularía sobre unos ancianos. Los viejos no tienen vida. Cómo se le iba a ocurrir a nadie preguntarse por la historia de aquellos hombres, víctimas de una guerra, interrogarse por cómo alimentaron a sus hijos en los tiempos de la carestía, a quién habrían perdido, cuál sería su historia de amor, cómo habrían sido sus rostros en la juventud, qué color sería el de sus ojos antes de que la pátina gris del tiempo y las cataratas cubriesen las pupilas, de qué color sus cabellos.

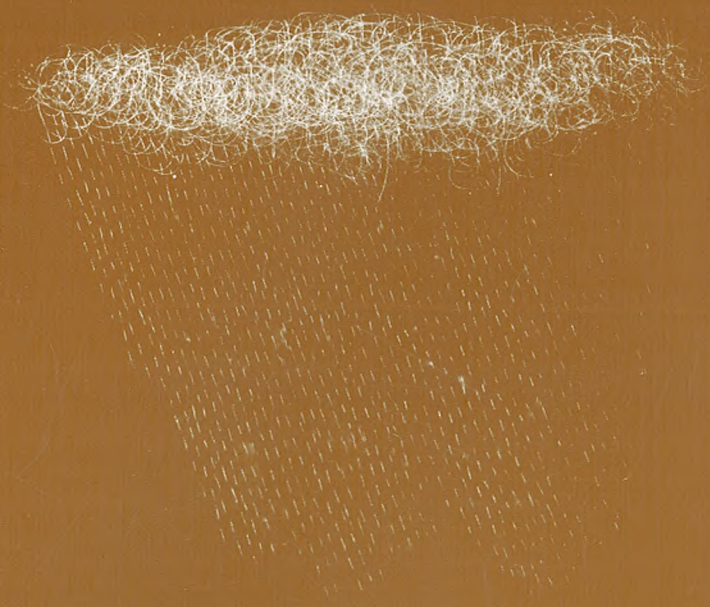
Tampoco podría sospechar que ella se había convertido en el centro de sus vidas, que las miradas de esos hombres iban más allá de la simple contemplación de sus caderas. Porque los minutos escasos de su presencia eran la excusa necesaria para levantarse cada mañana. Qué hubiese pensado ella, que apenas los divisaba de reojo como sombras de fondo, de saber que en las últimas semanas conjeturaban sobre su vida, sobre ese trabajo en la ciudad que la sacaba de la cama a la fuerza, sobre su estado civil o si tenía niños o no. Esta última duda la dieron

por liquidada en seguida: no. Era imposible que un cuerpo así, de talle tan fino, hubiese funcionado como recipiente.

Un día ya no importaba su profesión, lo único real era el hecho de que tenía que estar siempre en la ciudad a la misma hora. No importaba si estaba o no casada, si tenía o no hijos, porque lo real, lo importante era su presencia frente a ellos. Entonces vuelve a convertirse en lo que fue en un principio, la aparición que les alegra la existencia. Cobra vida de repente lo único esencial: el talle, la cadera, el pecho, el pelo, el tacón de aguja y el rojo intenso de sus labios. Y por la noche, mientras intentan conciliar el sueño, no hay preguntas, sólo existe la imagen desnuda, completamente desnuda, a su lado. Excitados como adolescentes ante el cuerpo de una mujer, terminan durmiendo. Hace tiempo que Manuel no siente los picores.

Las lluvias torrenciales de las últimas cuarenta y ocho horas habían cortado la carretera por varias zonas y el retraso del autobús era cada vez mayor según llovía más. Ahora su línea tenía que hacer más kilómetros, pues se veía obligada a desviarse en distintos puntos por los desprendimientos. Pero ella, ante el temor de llegar tarde donde quiera que fuese, estaba como un clavo a la misma hora de siempre, previniendo que el autobús se adelantase, con lo que, sin saberlo, les otorgaba a ellos más tiempo para recrearse en sus contornos.

Quince minutos de espera. Zapatillas de deporte con tacón y pantalón negro de pitillo muy ceñido. Sobre la cadera un cinturón ancho de piel y tachuelas doradas. Veinte minutos de retraso. Botas altas y falda corta, bajo la cazadora de cuero un corpiño rojo. Treinta minutos de demora. Gabardina larga, casi hasta los tobillos, pero a ellos no les importó, siempre podían imaginar que era la única prenda del cuerpo. Algunos preferían la opción de incluir ropa interior, eso sí, picantona. Diez minutos de espera. Traje negro de cuero, abrigo largo, zapato plano. Sin duda una gran novedad. El temporal se había convertido en una bendición. Hasta que anunciaron en el telediario que la borrasca por fin se alejaba dando paso a un anticiclón. El anticiclón no sólo trajo sol, sino que con él arreglaron la carretera y el autobús volvió a llegar a su hora con lo que el tiempo de espera de ella volvió a acortarse hasta ser de nuevo un suspiro. Una terrible condena que llegó con el buen tiempo para fastidiarles la rutina, aunque les aliviara los dolores reumáticos. La veían desaparecer como a una sombra dentro del autobús. Ni siquiera tenían tiempo de ver qué ropa llevaba puesta. Después de varios días así, comenzaron a tener la sensación de que algo se les escapaba cada mañana, de que algo estaba comenzando a desaparecer. Hasta que, incluso, alguno de ellos llegaba al punto de encuentro cuando el autobús ya había partido y se quedaba sin verla.



Se levantó tranquilo del banco. Ante la mirada atónita de los demás, Manuel fue acercándose con lentitud hasta la espalda de ella que lucía blanca entre la tela roja de un escote que caía a los lados. En el centro de la columna un lunar.

Existía una especie de barrera invisible que separaba el espacio de la parada donde ella estaba y el banco donde se sentaban los viejos cada mañana, nadie traspasaba la divisoria entre ambos mundos, hasta que Manuel decidió hacerlo y sus compañeros, como si estuviese a punto de precipitarse en el vacío de un abismo, corrieron hacia él con la torpeza que les permitían la artrosis, la artritis y las lesiones del tiempo. Cuando Manuel estuvo tan cerca de ella como para distinguir, a pesar de su mala visión, dos pequeñas pecas junto al lunar, la puerta se abrió y ella saltó dentro del autobús. La fuerza con la que se agarró a la barra metálica hizo que le temblara la muñeca, luego apoyó inseguro el bastón en el primer peldaño y el cuerpo se balanceó un poco hacia un lado, lo justo para que el conductor posara preocupado la mirada en él. Una vez que logró estabilizarse, trepó hasta el pasillo y se internó en el coche. Detrás, como atrapados por una extraña fuerza magnética, fueron los demás. El traqueteo hacía temblequear el vestido, un leve estremecimiento recorría el perfil del busto. Sentados a su alrededor, por primera vez en años, aquellos hombres ignoraban dónde se dirigían.